
Cumbres borrascosas

Emily Brontë



CUMBRES BORRASCOSAS

EMILY BRONTË



En nuestra página web: <https://www.edhasa.es> encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Wuthering Heights*

Traducción de Maria Rosa Lida

Diseño de la sobrecubierta: Edhasa basada en un diseño de Pepe Far

Primera edición impresa: noviembre de 2020

Primera edición en e-book: enero de 2021

© de la presente edición: Edhasa, 2020

Diputación, 262, 2º 1ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita descargarse o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 91 702 1970 / 93 272 0447).

ISBN: 978-84-350-4798-2

Producido en España

CUMBRES BORRASCOSAS

CAPÍTULO I

1801

Acabo de visitar al dueño de mi casa, el único vecino que habré de padecer. Es ésta, por cierto, una hermosa región. No creo que en toda Inglaterra hubiera podido dar con un paraje tan alejado del bullicio mundano. Verdadero paraíso para misántropos; y el señor Heathcliff y yo, ¡qué adecuada pareja para combatir la desolación! ¡Excelente sujeto! Lejos estaría él de imaginar cómo se me llevaba el corazón cuando vi que sus ojos negros se retiraban recelosos bajo las cejas al llegar yo a caballo, y que sus dedos, con decidida desconfianza, buscaban refugio hundiéndose aún más en el chaleco, cuando le anuncié mi nombre.

–¿El señor Heathcliff? –pregunté.

Una inclinación de cabeza fue la contestación.

–El señor Lockwood, su nuevo inquilino, señor. Tengo el honor de visitarle lo más pronto posible después de mi llegada, para expresarle la esperanza de no haberle molestado por mi insistencia en alquilar la Granja de Thrushcross: ayer oí que tenía usted idea de...

–La Granja de Thrushcross es propiedad mía, señor –interrumpió, contrayendo el rostro–. Y no permitiría que nadie me molestase si pudiera impedirlo. ¡Entre!

Pronunció el «¡Entre!» con los dientes cerrados, como queriendo decir «¡Vete al diablo!»; ni la verja sobre la cual se apoyaba demostró el menor movimiento que correspondiera a sus palabras; creo que esta circunstancia me decidió a aceptar la invitación; despertó mi interés por un hombre que parecía más exageradamente reservado que yo.

Cuando vio que mi caballo empujaba resueltamente la valla con el pecho, tendió la mano para abrirla, y luego, ceñudo, me precedió en el

camino, gritando cuando entramos en el patio: «Joseph, toma el caballo del señor Lockwood, y trae vino».

–Supongo que aquí tenemos todo el servicio doméstico –fue la reflexión que me sugirió esta doble orden–. No es extraño que la hierba crezca entre las baldosas y que sólo el ganado atravesase el seto.

Joseph era un hombre de edad avanzada, mejor dicho, un viejo; muy viejo quizá, aunque vigoroso y nervudo. «¡Dios nos asista!», murmuró para sí, gruñendo con enfado mientras me cogía el caballo, mirándome al mismo tiempo con cara tan avinagrada que, según presumí caritativamente, debía de necesitar el auxilio divino para hacer la digestión, y su piadosa interjección no se refería a mi inesperada visita.

Cumbres Borrascosas¹ es el nombre de la morada del señor Heathcliff, y describe la agitación atmosférica a que está expuesto el lugar en tiempo de tormenta. Lo cierto es que en ningún momento les ha de faltar allá arriba ventilación pura y saludable; es fácil de imaginar la fuerza con que el viento norte sopla sobre el borde de la sierra, por la extraordinaria inclinación de unos pocos abetos achaparrados que vi al fondo de la casa, y por una hilera de espinos desvaídos que tienden sus miembros todos a un mismo lado, como pidiendo limosna al sol. Por fortuna, el arquitecto tuvo la previsión de construirla fuerte: las ventanas, angostas, están firmemente encajadas en la pared, y las esquinas se hallan protegidas por grandes salientes de piedra.

Antes de atravesar el umbral me detuve para admirar la abundante labor de escultura grotesca diseminada en la fachada y especialmente en torno a la puerta principal, sobre la cual, entre una maraña de grifos ruinosos y de chiquillos desvergonzados, descubrí la fecha «1500» y el nombre «Hareton Earnshaw». Hubiera deseado hacer algunos comentarios y pedir al huraño propietario una breve historia del lugar, pero su actitud en la puerta parecía exigirme que entrara enseguida o me marchara de una vez, y no tuve ganas de aumentar su impaciencia antes de examinar lo más íntimo del santuario.

De un paso nos encontramos en la sala, sin franquear antes galería ni vestíbulo alguno; aquí la sala se llama «la casa» por excelencia y reúne generalmente cocina y recibidor, pero creo que en las Cumbres

Borrascosas la cocina se ha visto obligada a batirse en completa retirada hacia otro punto: por lo menos, percibí como de muy adentro un rumor de charla y golpeteo de utensilios de cocina, y no observé en la enorme chimenea señales de asar, hervir u hornear, ni vi brillar en las paredes cacerolas de cobre o coladores de lata. Verdad es que en un extremo de la habitación se reflejaba espléndidamente la luz y el calor, desde las filas de inmensos platos de peltre, entremezclados con jarros y cangilones de plata que, hilera sobre hilera, subían por un vasto aparador de roble hasta el mismo techo. Este último nunca se había pintado: todo su esqueleto quedaba desnudo ante el ojo del observador, excepto allí donde lo ocultaba un bastidor de madera cargado de tortas de avena, jamones y piernas de vaca y carnero. Encima de la chimenea había varias escopetas feas y viejas y un par de pistolas de arzón, y, como adorno, tres cajas de colores chillones estaban alineadas a lo largo de la repisa. El suelo era liso, de piedra blanca; las sillas, de respaldo alto y formas anticuadas, pintadas de verde; una o dos, negras y macizas, acechaban en la sombra. En un arco debajo del aparador descansaba una enorme perra perdiguera, de color pardo oscuro, rodeada por un enjambre de cachorros gimoteadores, y otros perros yacían en los demás escondrijos.

La vivienda y los muebles no hubiesen ofrecido nada de extraordinario si hubieran pertenecido a un sencillo labrador de aire tozudo y fornidos miembros, realzados con el atavío de pantalón corto y polainas. Semejantes individuos, sentados en un sillón junto a la mesa redonda, ante un vaso de espumante cerveza, pueden verse en cualquier contorno de cinco o seis millas entre estos montes, si se va allí en tiempo oportuno, después de comer. Pero el señor Heathcliff provoca un extraño contraste con su casa y modo de vivir. En su aspecto, es un gitano atezado; en traje y maneras es un caballero; es decir, tan caballero como muchos propietarios campesinos; algo descuidado, pero no mal parecido en su dejadez, pues tiene un porte erguido y airoso, y más bien adusto. Probablemente algunos podrán acusarle de cierto orgullo plebeyo, pero algo dentro de mí me dice que no hay nada de eso. Sé, por instinto, que su reserva procede de una aversión a ostentosas

exhibiciones sentimentales y a manifestaciones de cariño mutuo. Amará y odiará con igual disimulo, y considerará una impertinencia ser a su vez amado y odiado. Pero no, corro demasiado: le otorgo generosamente mis propias cualidades. El señor Heathcliff puede tener razones totalmente distintas de las mías para retirar la mano cuando encuentra a un posible amigo. Tengo la esperanza de que mi temperamento sea casi único; mi pobre madre solía decir que yo nunca tendría un hogar agradable, y el verano pasado, sin ir más lejos, di pruebas de ser absolutamente indigno de ello.

Mientras gozaba durante un mes de un tiempo espléndido a orillas del mar, trabé amistad con una criatura fascinante, una verdadera diosa a mi modo de ver, mientras no reparó en mí. Nunca le «declaré mi amor verbalmente», pero si las miradas hablan, hasta el más idiota podría haber adivinado que yo estaba loco por ella. Me comprendió al fin, y me envió a su vez la más dulce de todas las miradas imaginables. Y ¿qué hice yo? Lo confieso con vergüenza: me encogí glacialmente en mí mismo como un caracol; a cada mirada me retiraba más frío y más distante, hasta que, al cabo, la pobre inocente llegó a dudar de sus propios sentidos y, abrumada de confusión por su supuesto error, persuadió a su madre de levantar el campamento. Esta curiosa manera de ser me ha granjeado una fama de premeditada insensibilidad. Sólo yo puedo estimar hasta qué punto es inmerecida.

Tomé asiento a un costado de la chimenea, frente al lado hacia el cual avanzaba mi casero, y llené un intervalo de silencio tratando de acariciar a la perra, que había dejado su progenie y como una loba se arrastraba insidiosa por detrás en dirección a mis pantorrillas, descubriendo los blancos dientes y haciéndosele la boca agua por echarme una dentellada. Mi caricia provocó un gruñido largó y gutural.

–Haría usted mejor en dejar tranquila a la perra –refunfuñó al unísono el señor Heathcliff, reprimiendo con un puntapié demostraciones más feroces–. No está acostumbrada a mimos ni la tenemos para jugar. – Luego, dando varias zancadas hacia una puerta lateral, gritó de nuevo–: ¡Joseph!

Joseph rezongó confusamente en las profundidades del sótano, pero, como no dio señales de subir, su amo se sumergió en su busca, dejándome cara a cara con la brutal perra y una pareja de torvos perros ovejeros de pelaje enmarañado, que compartieron con ella una celosa vigilancia sobre todos mis movimientos. Como no tenía ganas de ponerme en contacto con sus colmillos, me estuve quieto; pero, al imaginar que difícilmente comprenderían insultos silenciosos, me permití, por desgracia, guiñar el ojo y hacer muecas al trío. Yo no sé cuál de mis gestos irritaría tanto a la dama que, enfureciéndose de repente, saltó sobre mis rodillas. La rechacé y me apresuré a poner la mesa entre los dos. Este procedimiento alborotó a toda la jauría; media docena de demonios cuadrúpedos, de edades y tamaños diversos, surgieron de recónditas guaridas, precipitándose hasta el centro común. Sentí que mis talones y los faldones de mi casaca eran particular objeto de ataque; y rechazando a los combatientes de mayor tamaño con las tenazas de la lumbre lo más eficazmente que pude, me vi obligado a pedir en voz alta el socorro de alguno de la casa para restablecer la paz.

El señor Heathcliff y su criado subieron la escalera del sótano con flema irritante. No creo que se apresuraran un segundo más de lo acostumbrado, por más que la sala era una verdadera tempestad de peleas y aullidos. Felizmente, una moradora de la cocina se dio más prisa; una lozana maritornes con la falda recogida, los brazos desnudos y las mejillas enrojecidas por el fuego, se precipitó entre nosotros blandiendo una sartén, e hizo uso de esta arma y de su lengua con tal resolución que la tormenta se calmó como por ensalmo. Sólo ella quedaba, agitada como el mar después de un huracán, cuando su amo entró en escena.

—¿Qué diablos pasa? —preguntó de un modo que apenas pude soportar después de tan inhospitalario trato.

—Sí, ¡qué diablos! —refunfuñé—. La piara de cerdos endemoniados del Evangelio no podrían haber albergado peores espíritus que estos animales de usted. Es como dejar a un extraño entre una camada de tigres.

–No se meten ellos con personas que no tocan nada –observó él poniendo la botella delante de mí y volviendo a colocar la mesa en su sitio–. Bien hacen los perros en vigilar. ¿Un vaso de vino?

–No, gracias.

–¿Mordido?

–Si lo hubieran hecho, vería usted mi sello en el mordedor.

El semblante del señor Heathcliff se ablandó hasta mostrarme los dientes.

–Vamos, vamos –dijo–; está usted excitado, señor Lockwood. Venga, tome un poco de vino. Los huéspedes son tan extraordinariamente raros en esta casa que yo y mis perros, de buen grado lo confieso, apenas sabemos recibirlos. ¡A su salud, señor!

Me incliné y devolví el brindis, comenzando a comprender que sería una tontería seguir enfurruñado por los desmanes de una jauría de perros de mala ralea. Además, me desagradaba proporcionarle más diversión a mis expensas, ya que tal giro había tomado su humor. Él, considerando probablemente que era locura ofender a un buen inquilino, mitigó un poco su lacónica manera de rebanar pronombres y verbos auxiliares, y dio comienzo a lo que supuso sería un tema interesante para mí: un discurso sobre las ventajas y desventajas de mi presente lugar de retiro. Le hallé muy avisado en los asuntos que tratamos, y antes de marcharme a casa me sentí tan animado que le prometí otra visita para el día siguiente. Evidentemente, él no deseaba que repitiera mi intrusión. Pero iré, con todo. Es asombroso cuán sociable me siento comparado con él.

CAPÍTULO II

La tarde de ayer se presentó fría y con niebla. Me sentía inclinado a pasarla en mi despacho, junto a la lumbre, en lugar de llenarme de barro atravesando el páramo rumbo a las Cumbres Borrascosas. Sin embargo, cuando volví a mi cuarto después de comer (nota: como entre las doce y la una, pues el ama de llaves –una matrona que tomé junto con la casa, como un anexo– no pudo o no quiso comprender mi solicitud de que me sirviera a las cinco), al subir la escalera con esa perezosa intención y entrar en la estancia, vi a una criadita que, de rodillas y rodeada de escobas y cubos de carbón, levantaba un polvo infernal mientras apagaba las llamas con montones de ceniza. Este espectáculo me hizo retroceder en el acto; tomé el sombrero y, tras una marcha de cuatro millas, llegué a la entrada del jardín de Heathcliff exactamente a tiempo para escapar a los primeros copos leves de la nevada.

En aquella cima desolada, la tierra estaba endurecida por una escarcha negra, y el aire me hizo temblar de pies a cabeza. Ante la imposibilidad de levantar la cadena que cerraba la entrada, salté por encima, y, tras correr por el camino bordeado de dispersas matas de grosella, golpeé la puerta en vano para entrar, hasta que me hormiguearon los nudillos y los perros empezaron a ladrar.

–¡Miserables! –exclamé para mis adentros–, merecéis separación perpetua de vuestros semejantes por vuestra brutal inhospitalidad. Al menos, yo no tendría las puertas cerradas de día. No importa, ¡entraré!

Así, resuelto, empuñé la aldaba y la sacudí con vehemencia. Joseph, el de la cara avinagrada, asomó la cabeza desde una ventana redonda del granero.

–¿Qué quiere usted? –gritó–. El amo está abajo, en el corral. Dé la vuelta por la esquina del establo, si quiere hablar con él.

–¿No hay nadie dentro para abrir la puerta? –grité por toda contestación.

–No hay nadie más que la señora, y ella no abrirá aunque siga usted haciendo ese abominable estrépito hasta la noche.

–¿Por qué? ¿No puede usted decirle quién soy, Joseph?

–¿Yo? ¡No haré tal cosa! Yo no quiero meterme en eso –murmuró retirando la cabeza.

La nieve empezaba a caer espesa. Cogí el puño de la aldaba para probar de nuevo, cuando un joven sin casaca y con una horqueta al hombro apareció en el patio del fondo. Me indicó a gritos que le siguiera y, después de atravesar un lavadero y un espacio enlosado, en donde se hallaban la carbonera, la bomba y el palomar, llegamos, por fin, a la vasta habitación, caliente y alegre, en que me habían recibido la primera vez. Estaba deliciosamente caldeada por un inmenso fuego de carbón, turba y leña; y cerca de la mesa, preparada para una abundante colación, tuve el gusto de ver a la «señora», una persona cuya existencia jamás había sospechado. Saludé y esperé, creyendo que me invitaría a tomar asiento. Me miró, reclinándose en su silla, y permaneció inmóvil y muda.

–¡Mal tiempo! –observé–. Me temo, señora Heathcliff, que la puerta paga las consecuencias del sosiego con que atienden sus criados. Buen trabajo tuve para hacerme oír.

No despegó los labios una sola vez. Yo la miré fijamente; ella también, o, por lo menos, clavó en mí la vista de un modo frío e indiferente, en extremo embarazoso y desagradable.

–Siéntese –dijo el joven bruscamente–. Pronto vendrá.

Obedecí; carraspeé y llamé a la malvada Juno, que en esta segunda entrevista se dignó menear la punta del rabo en prenda de reconocimiento.

–¡Qué hermoso animal! –empecé de nuevo–. ¿Piensa usted, señora, deshacerse de los cachorros?

–No son míos –dijo la amable dueña de la casa de un modo más antipático que el que hubiera podido emplear el mismo Heathcliff.

–¡Ah! Sus favoritos se hallarán entre éstos, ¿no? –continué, volviendo la cabeza hacia un almohadón oscuro lleno de algo que parecía un montón de gatos.

–¡Vaya unos favoritos! –observó desdeñosamente.

Por desgracia, aquello era un montón de conejos muertos. Carraspeé otra vez y me acerqué al hogar, repitiendo mi comentario sobre lo inclemente de la tarde.

–No debió usted haber salido –dijo levantándose y tratando de alcanzar dos de las cajas pintadas que adornaban la repisa de la chimenea.

Hasta entonces había permanecido en la sombra; ahora podía ver claramente toda su figura y aspecto. Era esbelta, y parecía haber sobrepasado apenas la niñez; talle admirable y la carita más primorosa que jamás tuve el gusto de contemplar; facciones menudas y muy regulares; bucles pálidos, o más bien dorados, esparcidos sobre su delicado cuello; y ojos que, de tener expresión agradable, hubieran sido irresistibles. Por fortuna para mi susceptible corazón, el único sentimiento que expresaban vacilaba entre el desprecio y una suerte de desesperación, que resultaba singularmente antinatural sorprender en tales ojos. Las cajas estaban casi fuera de su alcance; hice yo ademán de ayudarla y se revolvió contra mí como hubiera hecho un avaro si alguien intentara ayudarle a contar su oro.

–No necesito su auxilio –saltó ella–; las puedo coger yo misma.

–Usted dispense –me apresuré a contestar.

–¿Está usted invitado para el té? –preguntó, prendiéndose un delantal sobre su limpio vestido negro al tiempo que mantenía suspendida sobre la caja la cuchara llena de hojas.

–Tendré sumo gusto en tomar una taza –contesté.

–¿Está usted invitado? –repitió.

–No –dije medio sonriendo–. Usted es la persona indicada para invitarme.

Volvió a echar el té, cuchara y todo, en la caja, tornó a su silla malhumorada, frunció el entrecejo y proyectó el labio inferior, como un niño cuando va a llorar.

Mientras tanto, el joven se había echado encima un abrigo decididamente raído, e, irguiéndose ante el fuego, me miró de soslayo, ni más ni menos que si hubiera entre nosotros alguna mortal querrela que vengar. Empecé a dudar de si era o no un criado. Su indumentaria y su habla eran rudas, totalmente exentas de la superioridad evidente en el señor y la señora Heathcliff; sus espesos rizos castaños eran ásperos y descuidados; sus bigotes se extendían hirsutos por las mejillas, y tenía las manos tostadas como las de un vulgar labriego. Su porte, con todo, era desenvuelto, casi altanero, y no mostraba nada de la oficiosidad de un sirviente para atender a la señora de la casa. A falta de pruebas claras sobre su condición, preferí hacer caso omiso de su extraña conducta, y cinco minutos después la entrada de Heathcliff vino a aliviarme, hasta cierto punto, de mi molesta situación.

—¡Ya ve usted, señor, cómo vengo, según prometí! —exclamé fingiendo alegría—, y temo que el mal tiempo me obligará a permanecer media hora, si puede usted darme refugio por ese rato.

—¿Media hora? —dijo sacudiendo de sus ropas los blancos copos—. Me extraña que haya usted escogido lo más fuerte de una nevada para vagar por aquí. ¿Sabe usted que corre el riesgo de perderse en las ciénagas? La gente familiarizada con esos pantanos pierde el camino a menudo en noches así; yo le puedo asegurar que no es probable un cambio de tiempo por ahora.

—Quizá pueda obtener entre sus mozos un guía que quiera quedarse en la Granja hasta mañana. ¿Podría usted procurarme uno?

—No, no puedo.

—¡Oh, pardiez!, bien. Entonces, habré de confiar en mi propia sagacidad.

—¡Hum!

—¿Te decides a hacer el té? —preguntó el del abrigo raído, pasando su feroz mirada de mí a la joven señora.

—¿Hay que darle a él? —preguntó dirigiéndose a Heathcliff.

—Despacha, ¿quieres? —fue la contestación, pronunciada tan bárbaramente que me sobresaltó.

El tono en que fueron dichas las palabras revelaba verdadero mal genio. Ya no me sentía dispuesto a tildar a Heathcliff de mozo excelente. Terminados los preparativos, éste me invitó, diciendo:

–Ea, señor, acerque su silla.

Y todos, incluso el joven zafio, nos sentamos a la mesa; un austero silencio reinó mientras comíamos. Pensé entonces que, si yo había sido la causa del nublado, era mi obligación hacer un esfuerzo para disiparlo. No podían estar siempre tan torvos y taciturnos; y era imposible, por mal genio que tuviesen, que el ceño que todos mostraban fuera su talante ordinario.

–Es extraño –comencé, en el intervalo entre taza y taza de té–; es extraño cómo la costumbre puede moldear nuestros gustos e ideas. Muchos no podrían imaginar que exista la felicidad en una vida tan completamente apartada del mundo como la de usted, señor Heathcliff. Sin embargo, me atreveré a decir que, rodeado de su familia, y con su amable señora, que como un ángel preside su casa y su corazón...

–¡Mi amable señora! –interrumpió con una expresión de sarcasmo casi diabólico–. ¿Dónde está mi amable señora?

–La señora Heathcliff, su esposa, quiero decir, señor.

–Bien, sí, ¡oh!, usted querrá indicar que su espíritu ha tomado el oficio de ángel de la guarda y custodia de los bienes de las Cumbres Borrascosas, aun luego de desaparecido su cuerpo. ¿No es eso?

Dándome cuenta del desatino, traté de corregirlo. Debí advertir que había demasiada diferencia entre las edades de ambos para que fueran marido y mujer. Él tendría cuarenta años, periodo de vigor mental en el que raras veces los hombres acarician la engañosa ilusión de que las muchachas se casen con ellos por amor; tal sueño está reservado únicamente para solaz de nuestra senectud. Ella, en cambio, no aparentaba más de diecisiete.

Entonces se me ocurrió de repente esta idea: «El patán que está a mi lado, que toma el té en un tazón y come el pan con las manos sucias, tal vez sea su marido: Heathcliff hijo, por supuesto. He aquí las consecuencias de enterrarse en vida; se ha echado en brazos de ese

gañán por simple ignorancia de que existen personas mejores. ¡Qué lástima! Debo procurar que no se arrepienta de su elección».

La última reflexión podrá parecer vanidosa, pero no lo era. Mi vecino me resultaba rayano en lo repulsivo; en cuanto a mí, sabía por experiencia que era tolerablemente atractivo.

–La señora es mi nuera –dijo Heathcliff confirmando mi sospecha. Lanzó, mientras hablaba, una mirada especial en su dirección, una mirada de odio, a menos que tenga un juego de músculos faciales tan perverso que no interprete, como en el resto del mundo, el lenguaje del alma.

–¡Ah, claro, ahora lo veo! ¡Usted es el feliz poseedor del hada benéfica! –observé, volviéndome a mi vecino.

Eso no hizo más que empeorar las cosas; el joven se ruborizó y cerró los puños con toda la apariencia de meditar una agresión. Mas pronto pareció recobrase y sofocó la tormenta en una brutal maldición, murmurada en mi obsequio, la cual, no obstante, cuidé de no tomar en cuenta.

–Es usted desafortunado en sus conjeturas –observó mi huésped–. Ninguno de nosotros tiene el privilegio de poseer el hada benéfica que usted dice. Su consorte ha muerto. Dije que era mi nuera; por consiguiente, debe haberse casado con mi hijo.

–Y este joven es...

–No mi hijo, desde luego.

Heathcliff sonrió de nuevo, como si hubiera sido una chanza demasiado audaz atribuirle la paternidad de aquel oso.

–Mi nombre es Hareton Earnshaw –refunfuñó el otro–, y le aconsejo a usted que respete ese nombre.

–No creo haber cometido ninguna falta de respeto –fue mi contestación, mientras me reía para mis adentros de la dignidad con que se presentaba a sí mismo.

Fijó en mí sus ojos por más tiempo del que yo estaba dispuesto a sostenerle la mirada, pues temí caer en la tentación de abofetearle o de echarme a reír en sus narices. Empecé a sentirme, indudablemente, fuera de sitio en aquel agradable círculo familiar. La lúgubre atmósfera

espiritual se sobrepuso al bienestar físico que me rodeaba, hasta neutralizarlo con creces; y resolví tener buen cuidado de aventurarme bajo aquel techo por tercera vez.

Terminada la colación, y como nadie pronunciase una palabra, me acerqué a la ventana para examinar el tiempo. Qué triste espectáculo: la noche, oscurísima, cerraba antes de hora, y cielo y colinas se confundían en un violento y asfixiante molino de viento y nieve.

–Me parece imposible volver ahora a casa sin guía –no pude menos que exclamar–. Los caminos estarán ya sepultados, y aunque no lo estuvieran, apenas podría ver a un paso de distancia.

–Hareton, conduce esa docena de ovejas bajo el portal del granero; la nieve las cubrirá si permanecen en el corral toda la noche; y ponles un tablón delante –dijo Heathcliff.

–¿Cómo haré? –no pude menos de insistir con creciente irritación.

Mi pregunta no tuvo respuesta y, al mirar en derredor, vi sólo a Joseph, que traía un cubo de bazofia para los perros, y a la señora Heathcliff, inclinada sobre el fuego, entreteniéndose en quemar un paquete de cerillas que había caído del borde de la chimenea, cuando volvía a poner las cajas de té en su sitio. Joseph, una vez que hubo descargado el cubo, pasó revista a la habitación, y con voz cascada gruñó:

–Es extraño cómo puede usted quedarse ahí sin hacer nada, cuando todos se han ido. Pero es usted una inútil, y de nada sirve hablar; nunca se corregirá usted de sus malas costumbres, e irá derecha al infierno, como fue su madre.

Imaginé por un instante que ese alarde de elocuencia iba dirigido a mí; y un poco irritado di un paso hacia el viejo canalla, con intención de echarlo a puntapiés por la puerta. Pero la señora Heathcliff se encargó de contenerme con su réplica.

–¡Escandaloso y viejo hipócrita! –contestó–. ¿No temes que te lleve el diablo cuando pronuncias su nombre? Te advierto que, si no dejas de provocarme, pediré como un favor especial que te arrebate. ¡Basta! Mira, Joseph –continuó, tomando de un estante un libro largo y oscuro–. Voy a enseñarte mis progresos en la magia negra; pronto seré

capaz de ponerlo todo en claro. La vaca roja no murió por casualidad, y nadie considerará tus ataques de reuma como gracias divinas.

–¡Oh, malvada! –jadeó el viejo–. ¡El Señor nos libre de todo mal!

–¡No, réprobo; estás condenado! ¡Fuera de aquí, o te haré grave daño! Voy a hacer figuras de cera y de arcilla, de todos vosotros, y al primero que traspase los límites que yo le fije, le voy a..., no diré lo que voy a hacerle, ¡pero vas a ver! ¡Vete de ahí, te estoy mirando!

La bruja puso una burlona malignidad en sus bellos ojos, y Joseph, temblando con sincero pavor, salió precipitadamente, rezando y exclamando:

–Malvada, malvada.

Pensé que su conducta vendría dictada por una suerte de lúgubre sentido del humor, y al vernos al fin solos, traté de interesarla en mi zozobra.

–Señora Heathcliff –dije seriamente–, usted me excusará si la molesto. Me tomo esta libertad porque, con esa cara, estoy seguro que no puede menos de tener buen corazón. Indíqueme usted algunas señales para que pueda conocer el camino de mi casa. No tengo más idea de cómo llegar que usted de cómo ir a Londres.

–Tome usted el camino por donde ha venido –respondió, acomodándose en una silla, con una vela y el largo libro abierto ante ella–. El consejo es breve, pero es el más razonable que puedo darle.

–Entonces, si oye usted que me han encontrado muerto en una charca o en un foso lleno de nieve, ¿no le susurrará su conciencia que es, en parte, por su culpa?

–Y ¿por qué? Yo no puedo acompañarle a usted. No me dejarían ir ni hasta el cabo del muro del jardín.

–¡Usted! Sentiría en el alma pedirle que cruce el umbral por mi causa en semejante noche –exclamé–. Lo único que deseo es que me indique el camino, no que me lo enseñe; o, en otro caso, que persuada usted al señor Heathcliff para que me proporcione un guía.

–¿Quién? En la casa están él, Earnshaw, Zillah, Joseph y yo. ¿Cuál quiere usted?

–¿No hay mozos en la Granja?

–No, ésa es toda la gente que hay.

–Entonces parece que me veré obligado a quedarme.

–Espero que esto le servirá de lección para no dar más paseos imprudentes por estos montes –gritó la dura voz de Heathcliff desde la puerta de la cocina–. En cuanto a quedarse aquí, no tengo acomodo para los visitantes. Si usted se queda, tendrá que dormir con Hareton o con Joseph.

–Puedo dormir en una silla en esta habitación –repliqué.

–¡No, no! Un extraño es un extraño, sea rico o pobre. No estoy dispuesto a que nadie ocupe el lugar mientras yo no monto guardia –dijo el miserable grosero.

Con este insulto se me acabó la paciencia. Pronuncié una frase de enojo y me precipité hacia el patio, tropezando con Earnshaw en mi carrera. Estaba tan oscuro que no vi medio de salir, y mientras rodaba por allí pude oír otra muestra de la cortés conducta que observaban unos con otros. Al principio, el joven parecía inclinado a tomar partido por mí.

–Le acompañaré hasta el parque –dijo.

–Le acompañarás al infierno –gritó su dueño, su pariente o lo que fuera–. ¿Y quién cuidará de los caballos?

–La vida de un hombre es de más importancia que el descuidar por una tarde los caballos; alguien tiene que ir –murmuró la señora Heathcliff más amablemente de lo que esperaba.

–No, si lo mandas tú –replicó Hareton–. Si te interesas por él, más te valdría callar.

–Siendo así, ¡ojalá que su alma te persiga y que el señor Heathcliff no tenga otro inquilino hasta que la Granja sea un montón de ruinas! –contestó ella con acritud.

–¡Oíd, oíd, está maldiciendo! –rezongó Joseph, hacia el cual me había dirigido.

Estaba sentado a poca distancia, ordeñando las vacas a la luz de una linterna, que cogí sin remilgos, y, gritando que se la devolvería al día siguiente, me precipité a la puerta más cercana.

–¡Amo, amo, me roba la linterna! –gritó el viejo, persiguiéndome–. ¡Venga, Gruñón; venga, perros; venga, Lobo; a él, a él!

Al abrir el portillo, dos hirsutos monstruos se me arrojaron al cuello, derribándome y apagando la luz, mientras una carcajada conjunta de Heathcliff y Hareton hizo desbordar mi humillación y mi cólera. Por fortuna, los animales parecían más dispuestos a tender las garras, bostezar y menear los rabos que a comerme vivo; mas no toleraban que me pusiera en pie y me vi obligado a permanecer echado en el suelo hasta que a sus bellacos dueños les plugo liberarme. Entonces, sin sombrero y temblando de ira, ordené a los malandrines que me dejaran salir, con incoherentes amenazas de venganza, que en su teórica y profunda violencia tenían deijos del rey Lear; si me retenían un minuto más, era por su cuenta y riesgo.

La vehemencia de mi agitación me produjo una fuerte hemorragia nasal, y cuanto más reía Heathcliff, tanto más regañaba yo. No sé cómo hubiera concluido la escena si no hubiese habido allí una persona más razonable que yo y más benévola que mi huésped. Zillah, la fornida ama de llaves, fue quien salió al fin para preguntar el porqué del alboroto. Pensando que alguno de ellos me había puesto la mano encima, y no atreviéndose a atacar a su amo, dirigió su artillería vocal contra el más joven de los truhanes.

–Bien, señor Earnshaw, ¿qué nueva hazaña se le va a ocurrir ahora? –exclamó–. ¿Vamos a asesinar a la gente en nuestros mismísimos umbrales? Ya veo que esta casa nunca será para mí; mirad al pobre mozo: está casi ahogándose. ¡Ea, chitón! No continuéis de este modo. Entre usted, voy a curarle; vamos, estese quieto.

Con estas palabras me arrojó súbitamente a la nuca un cubo de agua helada y me empujó hacia la cocina. El señor Heathcliff nos siguió, trocando rápidamente su momentáneo regocijo por su ceño habitual.

Me sentía muy mal, mareado y débil, de tal modo que por fuerza me vi obligado a aceptar alojamiento bajo su techo. Dijo a Zillah que me diese un vaso de aguardiente, y luego pasó a una habitación interior. Entretanto ella se condolía conmigo de mi lamentable situación, y

después de obedecer las órdenes de su amo, lo cual me reanimó un poco, me condujo a la cama.

CAPÍTULO III

Mientras me guiaba escaleras arriba, me aconsejó que escondiese la vela y no hiciese ruido, porque su amo tenía ideas raras sobre la alcoba donde ella iba a ubicarme y nunca dejaba de buen grado alojarse allí a nadie. Pregunté la razón; contestó que no la sabía, que sólo hacía cosa de un par de años que estaba en la casa, y había visto tantas cosas extrañas que ya nada le picaba la curiosidad.

Hallándome yo mismo demasiado aturdido para curiosear, cerré la puerta y eché un vistazo en busca de la cama. Todo el mobiliario consistía en una silla, una cómoda y un enorme arcón de roble con aberturas cuadradas cerca de la tapa, como ventanillas de coche. Habiéndome acercado a este armatoste, miré dentro de él y advertí que era una extraña especie de lecho anticuado ideado, muy oportunamente, para obviar la necesidad de una habitación propia para cada miembro de la familia. En efecto, formaba un pequeño gabinete, y el antepecho de la ventana, a la que estaba adosado, servía de mesa. Descorrí las tablas laterales, entré con la luz, las cerré de nuevo y me sentí seguro contra la vigilancia de Heathcliff y de cualquier otro.

La repisa donde coloqué la vela sostenía algunos libros polvorientos, apilados en un rincón, y estaba cubierta de inscripciones rayadas en el barniz. Estas inscripciones, sin embargo, no eran más que un solo nombre repetido en toda suerte de letras grandes y pequeñas: *Catherine Earnshaw*, aquí y allá con la variante *Catherine Heathcliff*, y luego *Catherine Linton*.

Lleno de abatimiento y desgana apoyé la cabeza contra la ventana y continué deletreando: Catherine Earnshaw, Heathcliff, Linton, hasta que se me cerraron los ojos; pero no había descansado cinco minutos cuando surgió de la oscuridad un resplandor de letras blancas, vívidas

como espectros; el aire rebosaba de Catherines y, al levantarme para disipar aquel nombre importuno, vi que el pabito de la vela había caído sobre unos viejos volúmenes y estaba perfumando el lugar con efluvios de cuero tostado.

Despabilé la vela, y, destemplado por efecto del frío y del mareo, me senté y abrí sobre mis rodillas el tomo chamuscado. Era una Biblia en menudos caracteres, que olía horriblemente a moho. Una hoja en blanco llevaba la inscripción «Catherine Earnshaw, su libro», y una fecha de veinticinco años atrás.

Lo cerré y tomé otro, y otro, hasta examinar todos. La biblioteca de Catherine era selecta, y su estado de deterioro demostraba que había sido muy usada, aunque no del todo para fines legítimos. Apenas un solo capítulo había escapado al comentario manuscrito –cuando menos en apariencia– que cubría todos los claros que el impresor había dejado.

Algunos eran frases sueltas, otros tomaban la forma de un diario en toda regla, garrapateado con torpe mano infantil. A la cabeza de una página sobrante (su hallazgo debió de representar un verdadero tesoro) sentí gran regocijo al contemplar una excelente caricatura de mi amigo Joseph, tosca pero enérgicamente esbozada.

Al punto me llené de vivo interés por la desconocida Catherine, y empecé en el acto a descifrar sus borrosos jeroglíficos.

¡Qué horrible domingo! –comenzaba el párrafo inmediato–: Quisiera que mi padre volviese a estar entre nosotros. Hindley es un sustituto detestable; su conducta con Heathcliff es atroz. Heathcliff y yo vamos a rebelarnos; hemos dado el primer paso esta tarde.

Todo el día ha estado diluviando; no hemos podido ir a la iglesia, por lo que Joseph, naturalmente, tuvo que congregarnos en el desván, y mientras Hindley y su mujer se refocilaban abajo, al amor de un buen fuego, haciendo cualquier cosa menos leer sus biblias –respondo de ello–, a Heathcliff, a mí y al pobre mozo de labranza nos mandaron tomar los devocionarios y subir; nos sentaron en fila sobre un saco de trigo, gimiendo y tiritando, con

la sola esperanza de que, acosado por el frío, abreviaría Joseph su sermón por su propio interés. ¡Vana esperanza! El servicio duró exactamente tres horas, y mi hermano tuvo aún el descaro de exclamar, cuando nos vio bajar: «¡Cómo! ¿Ya está?». Los domingos por la tarde nos permitían jugar si no hacíamos mucho ruido; pero ahora una simple risita basta para que nos envíen al rincón.

«Olvidáis que tenéis aquí un amo –dice el tirano–. Haré añicos al primero que me irrite. Insisto en absoluta seriedad y silencio. Muchacho, ¿has sido tú? Frances, querida mía, tírale del pelo ya que pasas por ahí; le oí chasquear los dedos». Frances le tiró del cabello con toda el alma y fue luego a sentarse en las rodillas de su esposo; y allí se estuvieron como dos chiquillos, besándose y diciéndose tonterías hora tras hora –necios arrumacos de los que deberíamos avergonzarnos–. Nos acomodamos lo mejor que pudimos, bajo el arco del aparador. Acababa yo de juntar nuestros delantalitos y colgarlos a guisa de cortina, cuando entra Joseph con un recado de la cuadra. Derriba toda mi obra, me abofetea y grazna:

«El amo está apenas enterrado, no ha concluido el domingo, tenéis todavía en los oídos las palabras del Evangelio, y os atrevéis a jugar. ¡Qué vergüenza! Sentaos, malos niños. Hay bastantes libros buenos, si queréis leerlos; sentaos y pensad en vuestras almas».

Diciendo esto, nos obligó a sentarnos de manera que pudiésemos recibir un triste rayo del lejano fuego para alumbrar el texto del mamotreto que nos tiró. Yo no pude aguantar la ocupación. Tomé el sucio volumen por un extremo y lo arrojé a la perrera, jurando que aborrecía los buenos libros. Heathcliff echó el suyo a puntapiés al mismo sitio. Entonces se armó la gorda.

«¡Señor Hindley! –gritó nuestro capellán–. Señor, venga usted. La señorita Catherine ha roto la tapa del *Yelmo de la salvación*, y Heathcliff ha dado con el pie en la primera parte del *Ancho*

camino de la destrucción. Es abominable que usted les deje seguir a este paso. ¡Ah!, el pobre viejo les hubiera dado su merecido; pero ya se fue».

Hindley se precipitó de su paraíso junto al hogar, y, asiéndonos a él por el cuello y a mí por el brazo, nos arrojó a la cocina, donde Joseph afirmó que Satanás nos cogería, tan cierto como que era de día; y con este consuelo, ocupamos cada cual un rincón aparte, a la espera de su llegada. Cogí este libro y un tintero de un estante y entreabrí la puerta para tener luz. He podido escribir durante veinte minutos; pero mi compañero está impaciente y me propone que nos apoderemos de la capa de la lechera, y que, bajo su abrigo, hagamos una escapada por los brezales. Qué buena idea; y entonces, si viene el viejo regañón, creerá que se ha cumplido su profecía; no creo que tengamos más humedad o más frío allí, bajo la lluvia, que en este sitio.

Supongo que Catherine cumplió su proyecto porque la frase cambiaba de tema: adoptaba un tono plañidero.

¡Nunca soñé que Hindley me hiciera llorar así! –escribía–. Me duele tanto la cabeza que no puedo apoyarla en la almohada, y, sin embargo, no consigo apartar mi pensamiento de ello. ¡Pobre Heathcliff! Hindley le llama «vagabundo», y no le deja ya sentarse a nuestro lado ni comer con nosotros; y dice que no debemos jugar juntos, y amenaza con echarle de casa si faltamos a sus órdenes. Ha estado censurando a nuestro padre (¿cómo se atreve?) por tratar a Heathcliff con sobrada complacencia, y jura que volverá a ponerle en el sitio que le corresponde...

Empecé a dormitar sobre la oscura página; mis ojos vagaban de lo manuscrito a lo impreso. Vi un título rojo, adornado, que decía: «Setenta Veces Siete, y el Primero de los Setenta y Uno. Piadoso Discurso pronunciado por el Reverendo Jabes Branderham en la Iglesia

de Gimmerden Sough». Y mientras, en estado de semiinconsciencia, me devanaba los sesos para adivinar qué es lo que iba a decir Jabes Branderham sobre su tema, me hundí en la cama completamente dormido. ¡Ay de mí! ¡Qué efecto tuvieron el mal té y el mal genio! Pues, ¿qué otra cosa pudo haberme hecho pasar una noche tan horrible? Ninguna otra recuerdo comparable con ella desde que tuve capacidad de sufrimiento.

Empecé a soñar casi antes de perder el sentido de mi situación. Imaginaba que era por la mañana y que me había puesto en camino hacia casa, con Joseph por guía. Una espesa capa de nieve cubría nuestro camino, y cuando dábamos algún tumbo, mi compañero me mortificaba; reprochándome constantemente por no haber tomado la vara de peregrino, declamé que sin ella no podría nunca entrar en casa, y al propio tiempo blandía con arrogancia un garrote de grueso puño, que, según entendí, así se llamaba.

Por el momento me pareció absurdo que tuviera necesidad de un arma semejante para lograr acceso a mi propia residencia. Pero de repente se me ocurrió otra idea. No iba yo allí; estábamos en camino para oír el sermón del famoso Jabes Branderham sobre el tema «Setenta Veces Siete»; y no sé si Joseph, el predicador o yo habíamos cometido el «Primero de los Setenta y Uno» y debíamos ser públicamente acusados y excomulgados.

Llegamos a la iglesia. Yo he pasado realmente por allí dos o tres veces en mis caminatas; está situada en un hueco entre dos colinas, algo elevado, y próximo a una ciénaga cuya húmeda turba, según dicen, embalsama a la perfección los cadáveres que allí se depositan. El tejado se ha conservado hasta ahora entero; mas, como la paga del cura es sólo de veinte libras al año y una casa con dos habitaciones que amenazan confundirse rápidamente en una, ningún sacerdote quiere desempeñar allí las funciones de pastor; y especialmente porque corre la voz de que sus ovejas antes le dejarían morir de hambre que aumentar su estipendio con un solo penique de sus bolsillos. No obstante, en mi sueño, Jabes tenía un numeroso y atento auditorio, y predicaba... ¡Dios mío, qué sermón!, dividido en cuatrocientas noventa partes, cada una

enteramente igual a una alocución ordinaria y centrada en un diferente pecado. Dónde los había encontrado es lo que no sé decir. Tenía su propia manera de interpretar la frase, y parecía necesario que el hermano cometiese pecados diferentes cada vez. Eran del más curioso carácter; extrañas transgresiones que nunca hubiera imaginado.

¡Oh, qué cansado estaba! ¡Cómo me retorció, bostezaba, cabeceaba y volvía en mí! ¡Cómo me pellizcaba, y me frotaba los ojos, y me levantaba y me sentaba de nuevo, y daba con el codo a Joseph, para que me dijese cuándo acabaría el sermón! Me vi condenado a oírlo todo. Finalmente llegó el «Primero de los Setenta y Uno». En aquella crisis tuve una súbita inspiración; me sentía impulsado a levantarme y a denunciar a Jabe Branderham como el autor del pecado que ningún cristiano debía perdonar.

«Señor –exclamé–: aquí sentado, entre estas cuatro paredes, he soportado de un tirón y he perdonado los cuatrocientos noventa capítulos de su discurso. Setenta veces siete veces cogí el sombrero para marcharme, setenta veces siete veces me forzó usted absurdamente a volver a ocupar mi sitio. El cuatrocientos noventa y uno es demasiado. Compañeros mártires, ¡a él! ¡Arrastradle y trituradle en átomos; que el lugar que le ha visto no le vea nunca más!».

«¡Tú eres el hombre! –gritó Jabes tras una solemne pausa, reclinándose sobre su almohadón–. Setenta veces siete veces te he visto hacer visajes, bostezando; setenta veces siete veces consulté con mi conciencia. ¡Ved ahí la miseria humana! ¡También eso puede absolverse! El Primero de los Setenta y Uno ha llegado. ¡Hermanos, ejecutad en él la sentencia escrita! ¡Honrad así a todos sus santos!».

Con esta frase terminante, todos los oyentes, levantando sus báculos de peregrino, se precipitaron en masa hacia mí, y a falta de arma que levantar en mi propia defensa, la emprendí con Joseph, mi más próximo y feroz asaltante, para tomarle el suyo. En el revuelo del gentío varios garrotes se cruzaron; porrazos dirigidos a mí caían sobre otras cabezas. De pronto, toda la iglesia resonó con golpes y contragolpes; cada cual vapuleaba a su vecino; y Branderham, no queriendo estar ocioso, prodigaba su celo en una lluvia de puñetazos sobre la tabla del púlpito;

golpes que repercutían con tal vehemencia que, al fin, con indecible alivio, me despertaron. Y ¿qué fue lo que me había sugerido tan tremendo alboroto? ¿Qué era lo que había desempeñado el papel de Jabes en la camorra? Simplemente, la rama de un abeto que, al gemir las rachas de viento, sacudía ruidosamente sus piñas secas contra el postigo de mi ventana. Escuché indeciso un instante; descubrí la causa del disturbio, me revolví en la cama, dormité, y me puse a soñar de nuevo, sueños aún más ingratos, si cabe, que antes.

Esta vez recordaba que yacía en un gabinete de roble, y que oía claramente las ráfagas de viento y los remolinos de nieve; oía también que la rama de abeto repetía su molesto repique; y lo atribuía a su verdadera causa. Pero me incomodaba tanto que resolví hacerla callar si podía y me pareció que me levantaba y quería abrir la ventana. El gancho estaba soldado en la argolla, circunstancia que observé unos momentos antes, estando despierto, pero que había olvidado.

–No importa, es preciso acabar con este ruido –murmuré, rompiendo el vidrio con los puños y sacando el brazo para coger la fastidiosa rama; pero, en lugar de alcanzarla, mis dedos se cerraron sobre los dedos de una manita glacial. Sobrecogiéndome un horror intenso de pesadilla, probé retirar el brazo; pero la mano permanecía agarrada, al tiempo que una voz tristísima sollozaba:

–¡Déjame entrar, déjame entrar!

–¿Quién eres? –pregunté, forcejeando entretanto por desasirme.

–Catherine Linton –contestó temblando. (¿Por qué pensé en *Linton*? Había leído veinte veces más *Earnshaw* que Linton)–. ¡Vuelvo a casa, me había perdido en el brezal!

Mientras hablaba percibí a duras penas el rostro de una niña que miraba por la ventana. El terror me hizo cruel; y al ver que era inútil tratar de desembarazarme de ella, empujé su muñeca contra el cristal roto, y la raspé allí hasta que brotó la sangre y empapó las sábanas. Mas ella seguía gimiendo: «¡Déjame entrar!», y mantenía su tenaz apretón hasta casi hacerme enloquecer de miedo.

–¿Cómo puedo hacerlo? –le dije al fin–. Suéltame si quieres que te deje entrar.

Los dedos se aflojaron; retiré mi mano por el agujero; precipitadamente amontoné los libros en una pirámide contra él, y me tapé los oídos para no oír la quejumbrosa súplica.

Me pareció que los tuve tapados más de un cuarto de hora, pero, en el instante que volví a prestar atención, seguía lamentándose la lúgubre voz.

–¡Vete! –grité–, no te dejaré entrar, no, aunque me lo pidas veinte años.

–Veinte años son –gimió la voz–; veinte años. Hace veinte años que me perdí.

Y comenzó a arañar débilmente por fuera; la pila de libros se movió como si la empujaran. Traté de saltar, pero no pude mover un solo miembro, y en el paroxismo de mi terror lancé un alarido. Para confusión mía, descubrí que el alarido no era imaginario; pasos apresurados se acercaban a la puerta de mi habitación; alguien la abrió con mano vigorosa, y brilló una luz por las aberturas en lo alto del lecho. Me senté estremeciéndome todavía, y enjuagué el sudor de mi frente. El intruso pareció vacilar y musitó unas palabras para sí. Al fin dijo balbuceando, evidentemente sin aguardar contestación: «¿Hay alguien aquí?». Pensé que sería mejor revelar mi presencia, porque reconocí la voz de Heathcliff, y temí que siguiera buscando si me callaba. Con esta intención, volvíme y corrí las tablas. No olvidaré nunca el efecto que mi acto produjo.

Detúvose Heathcliff cerca de la puerta. Estaba en camisa y pantalón, con una vela que goteaba sobre sus dedos, y la cara tan blanca como la pared. El primer crujido de las tablas le hizo saltar como una descarga eléctrica. La luz cayó de su mano, a varios pies de distancia, y era tal su agitación que apenas pudo cogerla.

–No es más que su huésped, señor –exclamé deseoso de evitarle la humillación de seguir mostrando su cobardía–. Tuve la desgracia de gritar en mi sueño, a causa de una horrible pesadilla. Siento haberle causado tanta molestia.

–¡Oh, maldito sea, señor Lockwood! ¡Váyase usted al diablo! –empezó mi patrón, poniendo la vela en una silla, porque le era

imposible tenerla fija—. Y ¿quién le ha traído a esta habitación? —continuó, clavando las uñas en las palmas y rechinando los dientes para dominar la convulsión de sus mandíbulas—. ¿Quién ha sido? Tengo buena gana de echarle de casa al momento.

—Fue su sirvienta Zillah —contesté saltando al suelo y vistiéndome rápidamente—. Me tiene sin cuidado que usted lo haga, señor Heathcliff; de sobra lo merece. Sospecho que ella quiso obtener a mi costa otra prueba de que el lugar está encantado; pues sí lo está: rebosa de duendes y fantasmas. Bien hace usted en tenerlo cerrado. Nadie le agradecería el descanso en tal antro.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Heathcliff—, y ¿qué está diciendo? Acuéstese y acabe de pasar la noche, ya que está usted aquí; pero, por amor de Dios, que no se repita ese terrible griterío. No tiene usted ningún motivo, a menos que lo estuvieran degollando.

—Si la pequeña arpía hubiese entrado por la ventana, probablemente me habría estrangulado —repliqué—. No estoy dispuesto a soportar más persecuciones de sus hospitalarios antepasados. El reverendo Jabes Branderham ¿era pariente de usted por parte de su madre? ¿Y aquella buena pieza de Catherine Linton, o Earnshaw, o como se llamara? Debió de quedar hechizada; me dijo que había estado errando por el mundo desde hace veinte años; justo castigo por sus pecados mortales, indudablemente.

Apenas había pronunciado estas palabras, cuando recordé la asociación del nombre de Heathcliff con el de Catherine en el libro, cosa que había desaparecido por completo de mi memoria hasta aquel instante. Me ruboricé por la desconsideración; pero, sin manifestarme consciente del agravio, me apresuré a añadir:

—La verdad es, señor mío, que pasé la primera parte de la noche —aquí me paré de nuevo; estaba a punto de decir: «hojeando esos viejos tomos», mas pensé que así habría revelado mi conocimiento de su contenido, tanto manuscrito como impreso, por lo que, corrigiéndome, continué—: pronunciando y repitiendo el nombre que aparece grabado en el antepecho de aquella ventana. Aburrida tarea, sin más propósito que hacerme conciliar el sueño, lo mismo que contar números o...